

CUADERNOS DEL CES



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

SEDE BOGOTÁ
FACULTAD DE
CIENCIAS HUMANAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES - CES

***ELEMENTOS PARA UN DEBATE SOBRE LA
COMPRENSIÓN DE LA VIOLENCIA***

Myriam Jimeno Santoyo
Profesora Asociada
Departamento de Antropología
CUADERNO No. 1

Bogotá, mayo de 2003

CUADERNOS CES No. 1

Elementos para un Debate sobre la Comprensión de la Violencia
MYRIAM JIMENO

Facultad de Ciencias Humanas
Centro de Estudios Sociales CES

Carlos Miguel Ortiz

Decano
Facultad de ciencias Humanas

Ovidio Delgado

Vicedecano Académico

Alberto Abouchaar

Vicedecano de Bienestar

Myriam Jimeno Santoyo

Directora
Centro de Estudios Sociales CES

Maria Elena Perdomo

Coordinadora de Investigación CES

Senayda Roa Perilla

Diseño y Diagramación

Contáctenos

Conmutador: 316 5000 Ext. 18 602 – 18603- 18620 – 18621 Telefax: 3165335

Correo Electrónico: ces_bog@unal.edu.co

http://www.humanas.unal.edu.co/ces/

ISSN: 1794-1229

Impreso en Colombia. CES.

Elementos para un Debate sobre la Comprensión de la Violencia

Myriam Jimeno

msjimenos@unal.edu.co

Algunos meses atrás, Josep Ramoneda en *El País* de España (08-02), decía que los "colombianos se han acostumbrado a la guerra, como si de un fatalismo se tratara, como si el mundo fuera así...". Daba como ejemplo de ese "acostumbramiento" el que las personas recorrieran alegres la ciclo vía los domingos, mientras la guerrilla atacaba "con impunidad". Otro columnista del *Financial Times* comentaba que a nadie le importó en Bogotá los atentados del pasado 7 de agosto de 2002, pues continuó "la vida normal en la capital". Por su parte, Salud Hernández-Mora afirmó que diversas manifestaciones de violencia en Colombia son producto de "una sociedad pestilente", "podrida", en la que "seguimos respirando como si esto fuese Suiza" y donde "todos somos culpables" (*El Tiempo*, 13, 09-02: 1-24).

Afirmaciones similares se extienden también al campo de la violencia doméstica. Por la misma época, durante el segundo semestre de 2002, una alta funcionaria oficial decía escandalizada por el radio, que miramos con tolerancia y estamos "acostumbrados" al maltrato infantil en Colombia. Estas frecuentes quejas sobre la "indiferencia" o la "resignación" de los colombianos frente a la violencia que padecemos, ¿tienen algún sustento en la práctica cotidiana de los colombianos? ¿Qué tan ciertas son estas apreciaciones y, sobre todo, qué consecuencias traen?

En este texto me detendré primero sobre los efectos sociales de la violencia, sea doméstica o de otro tipo; a continuación sobre los efectos emocionales de la violencia y, finalmente, sobre los mecanismos que grupos importantes de colombianos ponen en marcha para afrontarla, que rebaten la supuesta indiferencia colombiana.

Las más recientes investigaciones sobre la violencia en este y en otros países, permiten afirmar que la acción violenta raramente deja insensibles a quienes afecta (ver por ejemplo, Das y Kleinman et

al, 2000; Das, 1995). Por ello las personas que sufren este tipo de acto se ven forzadas a poner en juego imágenes, pensamientos y sentimientos complejos para explicarlo, para afrontarlo, y para recobrar su seguridad personal. También la inmensa mayoría de quienes ejecutan estos actos tienen propósitos e ideas relativamente definidas que provienen del *habitus* de su grupo social. Veamos algunos ejemplos.

En la esfera doméstica, las investigaciones de Jimeno et al (1996 y 1998) entre sectores urbanos y rurales de menores ingresos mostraron que los padres que usan la violencia con sus hijos tienen la idea de que por este medio consiguen "corregir" comportamientos indeseables en sus hijos. También creen que es un medio necesario para asegurar el "respeto" por parte de los hijos y de las cónyuges. Es decir, el uso de golpes, insultos y malos tratos en la relación con sus hijos hace parte de un conjunto de creencias según la cual la autoridad en la familia está siempre amenazada y en entredicho, y se reafirma por el uso de formas de violencia. De ese esquema cultural hacen parte también asociaciones emocionales, principalmente, rabia de los padres por los desacatos a la autoridad y miedo a perder el respeto de los hijos o a que éstos se "salgan de control". Por parte de quienes han padecido maltrato, y pese a que cuando conversamos con ellos ya eran adultos, quedan también marcas emocionales, percepciones y creencias arraigadas. Las principales huellas emocionales en las personas estudiadas fueron el "nerviosismo" frente al entorno, la desconfianza en otros e incluso el estar "triste" con frecuencia. Lo más importante por sus repercusiones sociales es la convicción de que la autoridad no es confiable y puede ser cruel, excesiva o impredecible. Es decir, el acto violento ha dejado huellas emocionales y cognitivas que inciden las relaciones de las personas con otras y por esta vía en la calidad de vida del grupo social (ver Jimeno et al 1995 y 1996).

Miremos rápidamente otro caso investigado en París por Dominique Dray (1994). Esta

investigadora francesa atiende casos de mujeres víctimas de ataques delincuenciales, violación y atraco, principalmente. Ella ha encontrado a lo largo de su práctica que las víctimas narran su experiencia como una experiencia principalmente emocional. Pese a que las emociones suelen ser desestimadas a favor de las creencias o representaciones, ella encontró que los relatos de las víctimas tenían tal carga de emotividad, que la envolvían a ella misma. El choque emocional se expresaba mediante un persistente silencio, o también, por medio de expresiones corporales, como el temblor, el llanto, el caminar o alejarse. Dray señala un punto de gran interés, y es que la experiencia violenta se vuelve un elemento esencial de la representación que las víctimas tienen de sí mismas y de su entorno social. La agresión pone en entredicho el deber de protección social que une a los miembros del grupo, entre sí, dice ella. Es un evento traumático que emite el mensaje de un desorden en el grupo social. Así, un intento de violación o un atraco, ponen en duda la seguridad psíquica de la persona agredida, pero afectan también el medio inmediato familiar. Este medio social cercano entra en lo que ella llama un “exceso” (surplus) de emoción que lleva a la necesidad de que cada persona despliegue una actividad psíquica especial para recobrar el orden interior. La fuente de exceso emocional es el desorden social y cognitivo que provoca el acto de violencia pues lo conocido ya no es más lo confiable.

Así, como hemos visto en los ejemplos, la acción violenta raramente deja insensibles a quienes notifica, dado que tiene la capacidad de transmitir la idea de un quiebre en el orden de la civilidad y de alterar la seguridad de las personas. La acción violenta hace dudar sobre la confiabilidad del entorno y sobre la protección que ofrecen los vínculos solidarios. El primer impacto es sobre la percepción del entorno social y en particular, sobre las seguridades sobre las cuales las personas sostienen su vida cotidiana. Por ello la acción violenta desencadena enormes complejidades: invita al aislamiento, a la negación de lo ocurrido y provoca emociones muy contradictorias. Se puede afirmar que la acción violenta resulta un instrumento atractivo justamente por esa capacidad de producir impacto. Por eso quienes la padecen se ven en la imperiosa necesidad de desarrollar mecanismos múltiples para afrontarla y poder

retomar el hilo de sus vidas. Esta es la razón por la cual existe hoy día un renovado interés en los estudios socio y psicoculturales que buscan comprender mejor la variedad de acciones materiales y simbólicas que las personas adelantan para explicar la violencia y para manejar sus efectos traumáticos. Dado que sus efectos más importantes son la segregación de las víctimas, la imposición del silencio y la desconfianza en el entorno, son necesarios mecanismos deliberados que los contrarresten.

Es también cada vez más claro que la violencia se experimenta de manera diferencial según la cultura local. Y es justamente a la cultura local, a ciertas manifestaciones que tienen significación para el grupo, a lo que se suele echar mano para expresar el dolor, la rabia o el miedo provocado por la violencia. Como quedó dicho atrás, uno de los efectos emocionales de la violencia es el de provocar un aislamiento de las víctimas por la inseguridad en sí mismas y en la protección o la solidaridad que otros le proporcionan. De esta manera, la expresión de las emociones puede volverse un vehículo social importante para romper esa tendencia. La expresión emocional suele adoptar formas culturalmente apreciadas que van desde actos ritualizados, como cuando las personas asisten a la ceremonia de una misa.

Otras prácticas están diseminadas en la actividad cotidiana, como cuando la persona agredida narra una y otra vez su historia o insiste en lo peligroso del entorno. Dejar hablar y escuchar se vuelven, así, mecanismos útiles para recobrar la confianza perdida. Los colombianos solemos hablar y volver hablar sobre los incidentes de violencia y a menudo esa expresión lamenta la “indiferencia” y el “olvido” de los otros colombianos. Pero los otros suelen hacer algo muy similar: repetir una y otra vez el último incidente y lamentar la impotencia a la que nos somete el acto violento.

Por todo ello es problemática la afirmación de la “indiferencia” colombiana pues no toma en serio el habla cotidiana como expresión de un apremio psíquico. Es sorda ante la enorme cantidad de acciones individuales y colectivas que los colombianos realizan para sobrepasar el efecto trastornador de la violencia. También oculta las múltiples acciones de protesta contra la violencia y la búsqueda de alternativas diferentes o las formas

Elementos para un Debate sobre la Comprensión de la Violencia

de expresar dolor. Basta un recorrido sobre las noticias que salían en Colombia de manera simultánea con los artículos sobre la "indiferencia" colombiana citados al comienzo de este texto. Un día fue una convención y una marcha de mujeres en pro de la paz y otro, el pronunciamiento de prelados. El Consejo Regional Indígena del Cauca CRIC comunicó por esos días a los violentos que las comunidades indias del Cauca "vamos a continuar resistiendo a la destrucción y a la muerte". Por esos meses del año 2002 vimos un pequeño pueblo del sur de Bolívar que se movilizó para pedir por la libertad de sus secuestrados, y, otro más, en el Cauca, para proteger a su alcalde amenazado, mientras una marcha recorría una ciudad para protestar por el secuestro de un niño. Otras personas prefieren las organizaciones en pro de la paz - cuya lista ya es tan larga como variada - con sus semanas, obras de arte, caminatas y pronunciamientos por la paz. Puede decirse que son manifestaciones dispersas y ocasionales, o que son insuficientes, pero todas son muestras de sensibilidad, preocupación y compromiso.

Una consecuencia perturbadora del ocultamiento y desprecio por estas acciones sociales es propagar la idea de que somos un pueblo proclive a la violencia. De allí es fácil pasar a concluir que nos merecemos lo que nos pasa, pagamos por nuestra propia maldad. Fabricamos así un estigma que no sólo lleva al fatalismo, sino que, además, oculta las responsabilidades diferenciales en lo que ocurre. Me pregunto si no es un medio por el cual ciertos sectores sociales se esfuman del escenario y se convierten en espectadores críticos de la supuesta barbarie de los colombianos. También es posible preguntarnos si no hay una mala interpretación como indiferencia de lo que es una necesidad de recobrar el sentido social que ha sido roto por la violencia.

Pero, en cualquier caso, al repetir que los colombianos somos indiferentes, hacemos oídos sordos frente a las respuestas ciudadanas. No escuchamos que en el Chocó, días después de la masacre de Bojayá en abril del año pasado, varios centenares de personas se reunieron cerca al río Atrato para entonar su conjuro contra los culpables: *"Que los secreteros de todas las orillas digan sus secretos y*

oraciones para que las fuerzas del mal caigan sobre ellos y los destruyan...., que cada gota de agua que se beban de nuestros ríos se les transforme en sangre y mueran de sed en medio de las abundantes aguas de nuestro entorno, que se atraganten y se ahoguen con las espinas de los pescados que se coman, que en la noche no puedan dormir, espantados por la presencia de nuestros muertos y que enloquezcan en medio de pesadillas" (El Tiempo, 12, 05-02: 1-7). Quizás ese conjuro a muchas voces fue lo que les permitió a los habitantes volver a su pueblo sin esperar la reconstrucción oficial. El acudir al conjuro secreto en estos pueblos es un recurso extremo para situaciones de crisis, pero esta estrategia simbólica pierde su efectividad si carece de interlocutores. Un oído atento es lo menos que podemos ofrecerles.

Acudir a los conjuros tradicionales, a la música, o a marchar, son todas formas que encuentran sectores de la sociedad colombiana para lidiar con el peso de la confrontación violenta. Pese a que existe en el medio colombiano una cierta desconfianza sobre las garantías estatales para la expresión pública de protesta, crecen lentamente. Estos son medios que tienen una cierta similitud con los que emplean las víctimas de la violencia doméstica para salir de su condición de víctimas y recobrar como sujetos activos. Esto es lo que permite manejar el impacto emocional de la violencia y encontrar medios para retomar el día a día sin caer en la derrota anímica. Algunos echan mano de antiguos mecanismos en los cuales el castigo mágico del criminal permite expresar el dolor y la rabia, al tiempo que se restituye un orden pacífico. Las comunidades indias y negras, por largo tiempo menospreciadas en la sociedad colombiana, encuentran en sus raíces la fuerza para nuevos empeños. Ellos, tanto como los que se expresan en las calles, contradicen en la práctica el discurso derrotista de la supuesta "indiferencia" colombiana. Los colombianos necesitamos valorar esa multitud de pequeñas expresiones solidarias y multiplicarlas para reparar la confianza en los otros. Necesitamos valorar los conjuros, tradicionales y nuevos, que recobran un lugar social para las víctimas y nos permiten a todos responder al desorden social y psíquico que instauran las acciones violentas. Tiene trascendencia reconocerlos en vez de ignorarlos, pues rompen la opresión del silencio y el aislamiento.

BIBLIOGRAFÍA

DAS, Veena. *Critical Events: An Anthropological Perspective on Contemporary India*. Delhi: Oxford University Press, 1995.

DAS, Veena, Kleinman, Arthur et al (ed.). *Violence and Subjectivity*. Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 2000.

DRAY, Dominique. *L'agresion physique: une 'peur' irréparable*. En "Terrain N. 22, Mars.

JIMENO, Myriam, Roldán, Ismael, Ospina, David, Luis Eduardo Jaramillo, José Manuel Calvo y Sonia Chaparro. *Las sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia*. Editorial Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1996.

JIMENO, Myriam, Roldán, Ismael, Ospina, David, Luis Eduardo Jaramillo, John Trujillo y Sonia Chaparro. *Violencia cotidiana en la sociedad rural. En una mano el pan y en la otra el rejo*. Universidad Sergio Arboleda, Bogotá, 1998.

Cuadernos del CES

Títulos publicados

No. 1. Jimeno, Myriam. **Elementos para un Debate sobre la Compresión de la Violencia.** Mayo, 2003.

LIBROS COLECCIÓN CES

- AGUIRRE, Eduardo y DURÁN, Ernesto. *Socialización: Prácticas de crianza y cuidado de la salud*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- AMAYA, José A. y RESTREPO, Olga. (eds.). *Ciencia y representación*. Santafé de Bogotá: Programa Universitario de Investigación en Ciencia, Tecnología y Cultura, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1997.
- ARANGO, Luz G. y LÓPEZ, Carmen. (comp.). *Globalización, apertura económica y relaciones industriales en América Latina*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- ARANGO, Luz G. et al. *Mujeres, hombres y cambio social*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- ARANGO, Luz G. (comp.). *La crisis socio-política colombiana: Un análisis no coyuntural de la coyuntura*. Santafé de Bogotá: Observatorio Socio-Político y Cultural, Fundación Social, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1997.
- ARCHILA, Mauricio y PARDO, Mauricio. (eds.). *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*. Bogotá: ICANH, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- AROCHA, Jaime. (Comp). *Utopía para los excluidos. El multiculturalismo en África y en América Latina*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- _____. *Obligados de Ananse*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- AROCHA, Jaime, CUBIDES, Fernando y JIMENO, Myriam. (comp.). *Las violencias: Inclusión creciente*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- CUBIDES, Fernando, DOMÍNGUEZ, Camilo. (eds.). *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Bogotá: Observatorio Socio-Político y Cultural, Centro de Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Ministerio del Interior, 1999.
- CUBIDES, Fernando, OLAYA, Ana C. y ORTIZ, Carlos M. *La violencia y el municipio colombiano 1980-1997*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- FIGUEROA, Mario y SANMIGUEL, Pío E. *¿Mestizo yo?* Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- GROS, Christian. *Políticas de la Etnicidad: Identidad, estado y modernidad*. Bogotá: ICANH, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- LAGUADO, Arturo. (ed.). *La política social desde la constitución de 1991. ¿Una década perdida?* Observatorio de Política Social y Calidad de Vida de la División de Extensión, Centro de Investigaciones para el Desarrollo de la Facultad de Ciencias Económicas. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.

- MARTÍN, Jesús, LÓPEZ de la Roche, Fabio y ROBLEDO, Ángela. (eds.). *Cultura y región*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- MARTÍN, Jesús y LÓPEZ de la Roche, Fabio. (eds.). *Cultura, medios y sociedad*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- MARTÍN, Jesús, LÓPEZ de la Roche, Fabio y JARAMILLO, Jaime Eduardo. (eds.). *Cultura y globalización*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- MEERTENS, Donny. *Ensayos sobre tierra, violencia y género*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- MOSQUERA, Claudia, PARDO, Mauricio y HOFFMANN, Odile. *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias. 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativo, Instituto de Investigación para el Desarrollo, 2001
- OBREGÓN, Diana. (ed.). *Culturas científicas y saberes locales*. Bogotá: Programa Universitario de Investigación en Ciencia y Tecnología, Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- RESTREPO, Estela. (comp.). *La Universidad Nacional en el Siglo XIX*. Documentos para su Historia. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- RESTREPO, Gabriel, JARAMILLO, Jaime Eduardo y ARANGO, Luz Gabriela. (eds.). *Cultura, Política y Modernidad*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- ROBLEDO, Ángela I. y PUYANA, Yolanda. (comp.). *Ética: Masculinidades y feminidades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- VIVEROS, Mara. *De quebradores y cumplidores*. Bogotá: Fundación Ford; Profamilia Colombia; Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2002.
- VIVEROS, Mara, OLAVARIA, José y FULLER, Norma. *Hombres e identidades de género*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 2001.
- VIVEROS, Mara y GARAY, Gloria. (comp.). *Cuerpos, diferencias y desigualdades*. Santafé de Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, 1999.

¿Dónde obtener las publicaciones del CES?

Las publicaciones del CES se pueden conseguir en **LIBRERÍA UNIBIBLOS**, dirunibiblo_bog@unal.edu.co, teléfonos 3161297 / 3165000 Ext. 19649, Torre de Enfermería, Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá o en Siglo del Hombre Editores, Carrera 32 No. 25-46 teléfonos: 3377700 Fax: 3377665.